

1



El Oso Rinaldi era un mito.

Cursábamos el tercer año en el Agustinos Recoletos de Luján cuando nos enteramos de que esa leyenda viviente había pedido el pase a nuestro colegio. Lo comentó Rocamora en un recreo y hubo muchos *¡vamos, carajo!* con sacudidas de puños. Durante primero y segundo, el Oso había sido alumno de los maristas de Chivilcoy. Logró convertirse en un jugador famoso de los interescolares de la zona, pero sus papás compraron unos campos en Luján y venían a instalarse.

Número uno en las canchas de fútbol, era el terror de los adversarios. Sus goles eran conocidos por todos. Los que alguna vez fueron testigos de su habilidad en el campo decían que él solo podía contra once. Pisaba el césped y los contrincantes se volvían maniquíes. Los pasaba como a postes. El resto de su equipo corría a la par, lo aplaudía y alentaba sus jugadas, pero no mucho más. Él era un maestro.

Nuestros compañeros se alegraron de que el Oso fuese parte del equipo de la escuela. Se abrazaron y se palmearon cuando el profe de gimnasia, que estaba fuerte y tenía todo lo

que hay que tener, habló de su llegada. Nosotras que no éramos ni por lejos las más lúcidas, siempre supimos que Cervinatti, el hijo del tambero de Navarro, era un infradotado. Ese día su idiotez obtuvo una distinción especial. Al escuchar la noticia, se arrodilló en el pasto y mirando al cielo se persignó. *Gracias, Virgencita*, repitió y le cayeron lágrimas que se convirtieron en un llanto ocultado con las manos. Nosotras nos preguntábamos con qué leche lo habría amamantado el tambero a su hijo, porque a decir verdad la sangre parecía no circular bien en esa cabecita.

Un lunes a la mañana, el Oso llegó al colegio. A la semana siguiente, después del primer partido contra los de General Rodríguez, el Agustinos había ganado cuatro a cero. Fue el comienzo de una temporada de triunfos ininterrumpidos. No hubo uno de los trescientos sesenta y cinco santos del calendario que no recibiera un *gracias* de nuestros compañeros. Saltaban, gritaban hasta desgañitarse, unían las manos, festejaban y lloraban mientras nosotras nos sacábamos la cutícula con un alicate medio desafilado, fumando porro en los vestuarios.

Éramos indiferentes a esa explosión de testosterona revolucionada que había en cada una de las apariciones del Oso. Nuestro nuevo compañero se desenvolvía como un líder nato. Tenía un don para manejar al grupo sin que ninguno se sintiera manipulado. Hacían lo que él decía. Al Oso le gustaba jugar de manos, y mucho más cuando estaba contento. Después de un partido en el que el equipo resultaba triunfador, festejaba en el vestuario pellizcando culos peludos, apretando tetillas o pegando piñas a los bíceps. Los *festejados* se frotaban doloridos la zona

y, a cambio, devolvían risas sometidas, quejidos disimulados y agradecimiento infinito.

—Sos lo mejor que tenemos, Oso —les escuchábamos decir.

Apoyadas contra la pared de los retretes, la Cristian Olazábal y yo revoleábamos los ojos y reprimíamos las ganas de gritarles *¡despierten, imbéciles!* Pero no lo hacíamos.

Con nosotras, el trato de nuestros compañeros era muy diferente. Llegábamos a decir un comentario que no les gustaba o intentábamos reírnos con ellos, nos quemaban en una hoguera. Mucho peor hubiese sido procurar cualquier otro tipo de acercamiento. Sexual, por ejemplo. Impensado, por lo menos, a la vista de todos. En los vestuarios y en secreto, otra era la historia.

De todas maneras, nosotras no gastábamos el tiempo tratando de convencer idiotas para tener cualquier tipo de rozamiento corporal. La Cristian estaba atenta a las visitas que llegaban al galpón viejo. Y yo tenía lo mío, pero estaba muy ocupada en hacer las tareas de mi casa, atender a mi papá y cantar canciones de Ricardo Montaner. Me encantaban Montaner y las divas españolas, Rocío Durcal, la Jurado o Paloma San Basilio. Me convertí en una de las mejores imitadoras de Isabel Pantoja cuando nadie me veía. Adoraba a esas mujeres.

No eran simples cantantes, eran mitos. Como el Oso Rinaldi.